

# Mujeres

DE LA BIBLIA

## Ana

### Retrato de la gracia femenina



El nombre Ana significa «gracia».

Citas Bíblicas: 1 de Samuel  
Descendencia. Elcana su marido es de la  
tribu de Leví

Características: esencia de una esposa y  
madre piadosa, sino que se destacó por la  
paciencia, la devoción, la fe, la  
mansedumbre, la sumisión, la devoción  
espiritual y el amor maternal.

Temas a tratar.

- Una esperanza apreciada,
- Una herencia piadosa,
- Una ambición sagrada,
- Amor por su marido,
- Amor por el cielo,
- Amor por su hogar.

Es una definición exacta para una mujer cuya vida estuvo coronada con la gracia y que llegó a ser un emblema viviente de la gracia de la maternidad. Este estudio de su vida revela el clásico perfil de una madre piadosa.

Pero Ana casi había perdido las esperanzas de ser madre. Su experiencia es casi igual a la de Sara. Igual que ella, no tenía hijos y esto la perturbaba. Los matrimonios de ambas

mujeres estaban atormentados con la tensión de la bigamia de sus maridos. Ambos habían recibido al fin la bendición de Dios a su petición, y en ambos casos, la respuesta a sus oraciones resultó ser en extremo, y más abundantemente significativas que lo que alguna vez se habrían atrevido a pedir o pensar.

El hijo de Ana, **Samuel**, fue el último de los jueces. También fue el sacerdote que oficialmente inauguró la dinastía real verdadera de Israel ungiendo a David como rey. Samuel se hizo una figura imponente en la historia de Israel. Así, la vida de Ana, a menudo reflejaba la de la matriarca original,

La oración de dedicación de Ana en **1 Samuel 2.1-10** fue el modelo. Tanto Ana como María dedicaron formalmente a sus hijos primogénitos al Señor (**1 Samuel 1.24-28; Lucas 2.22-24**). En términos de sufrimiento emocional, la rendición a la voluntad de Dios tendría para ambas un precio muy alto. (En el caso de Ana, esto significó la pena profunda de tener que separarse de su propio hijo. Samuel dejó el hogar para comenzar su formación de tiempo completo en el tabernáculo cuando recién aprendía a caminar, edad en que la mayoría de los niños todavía están en los brazos de sus madres.)

En este estudio veremos la historia repartida en varias secciones que nos irán dando claridad de la vida de de Ana y sus características como sierva de Dios.

Una esperanza apreciada, una herencia piadosa, una ambición sagrada, amor por su marido, amor por el cielo, y amor por su hogar.

## 1. Una esperanza apreciada

Ana fue única entre las mujeres que hemos estudiado hasta ahora ya que no estaba en la línea genealógica del Mesías. Pero su famosa oración de dedicación, cuando ofreció su hijo a Dios, es en realidad es una apología (defensa del evangelio) profética del Mesías de Israel. Evidentemente, ella abrigaba la misma esperanza mesiánica que enmarcaba la cosmovisión de cada una de las mujeres extraordinarias que estamos estudiando.

En realidad, puesto que Ana es la última mujer del Antiguo Testamento con la que estamos tratando, es digno de mencionar, cuán destacada es la expectativa mesiánica en el Antiguo Testamento, no solamente en las vidas de estas pocas mujeres, sino a través de toda la ley, los salmos y los profetas (**Lucas 24.44**). El tema está por todo el Antiguo Testamento. Aquí y allá, vuelve con las profecías explícitas y en las promesas, pero por lo general apenas encubierto, donde permanece como un susurro constante, siempre asimilable pero rara vez visible, y nunca muy lejos del centro de la escena. Este es el verdadero fundamento para casi cualquier otro tema en el Nuevo Testamento.



Me encanta la forma en que la esperanza mesiánica se revela cada vez que consideramos a las mujeres más destacadas del Antiguo Testamento. En otras palabras, Cristo ha sido siempre el único objetivo verdadero de toda fe salvadora, aún en los tiempos del Antiguo Testamento. La promesa del Redentor ocurrió mucho antes que fuera explícitamente revelado en forma humana. Aunque el conocimiento de los santos del Antiguo Testamento sobre Él era débil y oscuro, era realmente el centro de todas sus esperanzas de salvación. Job, cuya historia es una de las expresiones de fe más antiguas contenidas en la Escritura, dio este testimonio en el momento más bajo de sus peores dificultades: ¡Hasta la fe de Job incluía la expectativa de su propia resurrección corporal!

«Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí» (Job 19.25-27).

La fe de los creyentes fieles siempre ha tenido esa perspectiva centrada en Cristo. No asombra entonces que la expectativa mesiánica fuera tan importante en los corazones y mentes de estas mujeres extraordinarias. Esto era la verdadera esencia de la fe por la cual ellas confiaron en las promesas de Dios. ¡Esa fue por lo tanto la clave de todo lo que las hizo realmente extraordinarias!

## 2. Una herencia piadosa

Ana era una mujer desconocida que vivía en un lugar remoto de Israel con su marido, Elcana. Tenían su casa en el territorio ocupado por la tribu de Efraín. En **1 Crónicas 6.22-27** nos da una genealogía detallada de Elcana. Y vemos que desciende de Leví por la línea de Coat.

Los coatitas eran una de las tres líneas más importantes en la tribu de Leví. Este era un clan importante. Según **1 Crónicas 6.2-3**, Moisés y Aarón eran coatitas. A los hijos de Coat se les asignó la responsabilidad de cuidar de los objetos más sagrados del tabernáculo, incluyendo el arca del pacto (**Números 3.30-31**). Cuando Israel trasladaba su campamento de un lugar a otro en el desierto, era el deber de los coatitas desarmar el Lugar Santísimo y transportar el arca y todos los utensilios sagrados de acuerdo a un estricto procedimiento (**Números 4.4-16**).



En cuanto Israel habitó la Tierra Prometida en forma permanente y el tabernáculo se instaló definitivamente en Silo, los coatitas al parecer fueron derivados a otras funciones sacerdotales como dirigir la música y las oraciones en el tabernáculo (**1 Crónicas 6.31-33**). Así, según el versículo 33, uno de los antepasados más cercanos de Elcana era conocido como «Hemán, el cantor». Los levitas fueron la única tribu en Israel a la que no

se le asignó territorio independiente de su propiedad porque ellos eran la tribu sacerdotal, y el Señor mismo era su heredad (**Números 18.20**). Así que cuando la tierra de Israel se dividió y se distribuyó a las otras doce tribus, los levitas fueron esparcidos por toda la nación. Solo se les entregó pequeñas parcelas de pastoreo y campos de cultivos en ciudades seleccionadas a través de todo Israel.

Los antepasados de Elcana, probablemente tan lejanos como la primera generación después de la conquista de Canaán, habían vivido entre la tribu de Efraín. Esa es la razón por la que Zof es llamado «efrateo», aunque ésta claramente fue una familia de coatitas, de la tribu de Leví. Los hombres de la tribu de Leví se turnaban (durante varias semanas a la vez) para servir en el templo. En aquellos días, el tabernáculo estaba situado en Silo. Desde que los levitas tenían el deber de ministrar en el templo, permaneciendo lejos de su tierra y sus hogares por un largo tiempo cada año, sus ingresos eran implementados con diezmos recolectados de todo Israel (**Números 18.24-32**).



**Samuel 1:1 al 3** Ana viajaba fielmente con Elcana al templo todos los años para adorar y ofrecer sacrificio. La Escritura los retrata como una familia devota, aunque vivían en un período deprimente de la historia de Israel. La Biblia nos recuerda que Elcana viajaba a Silo para adorar y ofrecer su sacrificio «donde estaban dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes de Jehová». Ofni y Finees eran dos de los peores sacerdotes que encontramos en las páginas de la Escritura. Eran hombres avaros que ilegalmente —y a veces por la fuerza— tomaban las mejores partes de las ofrendas del pueblo para sí mismos (**1 Samuel 2.13-16**). Peor aún, usaban su posición como sacerdotes para seducir a las jóvenes (**v.22**). Habían convertido, en efecto, el templo en una casa inmoral, constituyendo un tipo de mafia sacerdotal a través de la cual intimidaban a los fieles y mostraban un desprecio por la ley de Dios. El resultado obvio fue que el pueblo de Israel, comenzó a detestar traer las ofrendas al Señor (**v.17**). Toda la gente estaba consciente de lo que Ofni y Finees hacían, pero su padre Elí hacía solo un intento a medias por reprenderlos, a pesar de que era el sumo sacerdote (**v.24**).

Por supuesto, la manifestación visible de la gloria de Dios que una vez estuvo sobre el arca del pacto se había ido. El arca misma había llegado a significar muy poco para los israelitas. Ofni y Finees la trataban como un mero talismán. El peor momento vino cuando la llevaron a la batalla con los filisteos, presumiendo que garantizaría la victoria de Israel. En vez de eso, los filisteos derrotaron completamente al ejército israelita y capturaron el arca. El arca nunca volvió al tabernáculo de Silo. (Después de su recuperación de manos de los filisteos, permaneció casi en total abandono por casi cien años en una casa particular de Quiriat-Jearim, hasta que David la recuperó y la trajo a Jerusalén como anticipo del templo que Salomón construiría allí.)



La pérdida del arca (**1 Samuel 4.10-11**) ocurrió apenas unos pocos años después que la Escritura nos presenta a Ana (**1.2**). Fue el momento culminante y definitivo de esa era

decadente. Dicho sea de paso, en esa misma batalla en la que el arca fue capturada, murieron Ofni y Finees.

Elí cayó conmocionado tan pronto supo la noticia. Murió también a causa de las lesiones ocasionadas en su caída. Muy pronto después de esto, la esposa de Finees dio a luz un hijo al que llamó Icabod, que significa «sin gloria» (4.12-22). Fue una descripción acertada de toda esa era de la historia de Israel. Un tiempo, sin duda, de gran oscuridad espiritual.

En esos secos y tenebrosos días, Ana se destacó como un rayo de luz. No solo fue la esencia de una esposa y madre piadosa, sino que se destacó por la paciencia, la devoción, la fe, la mansedumbre, la sumisión, la devoción espiritual y el amor maternal.

### 3. Una ambición sagrada

A pesar de su carácter gentil, la vida de Ana en casa era a menudo problemática y triste. Su marido era un bígamo.

**«Tenía él dos mujeres; el nombre de una era Ana, y el de la otra, Penina. Y Penina tenía hijos, más Ana no los tenía» (1 Samuel 1.2).**

Obviamente, esta situación causaba grave tensión al interior de la familia. Penina, llamada «rival» de Ana (v.6), la provocaba adrede aguijoneándola por el hecho de que el Señor no le había dado hijos. Elcana prefería a Ana, a quien amaba profundamente, pero eso solo magnificaba la amarga rivalidad entre las mujeres. Este conflicto fue una consecuencia inevitable de la bigamia de Elcana. Por supuesto, una de las razones por las que Dios diseñó el matrimonio como una relación monógama fue, en primer lugar, para evitar esta clase de problemas dentro de la familia. Ana estaba en constante angustia debido a su esterilidad. Además de ser atormentada por las críticas burlonas de Penina. La carga y la tensión hacían su vida insostenible. Lloraba con amargura y literalmente podía pasar días sin comer (1.7). Anhelaba ser madre.

**Era la ambición de su vida.**

La manera como inmediatamente dedicó a su primer hijo al Señor, y lo dio para servir al interior del tabernáculo a tan tierna edad, **demuestra la pureza de sus motivaciones.** No era una ambición egoísta.



Para ella, la maternidad era la vocación más alta que Dios puede otorgar a cualquier mujer. Eso no es para indicar, por supuesto, que la maternidad sea la *única* función apropiada para las mujeres. La Escritura reconoce que es la voluntad de Dios que algunas mujeres permanezcan solteras (1 Corintios 7.8-9). En la sabiduría de su providencia, ha ordenado también que algunas mujeres casadas se queden perpetuamente sin hijos (Salmo 127.3). A la mujer no se le exige de ninguna manera que sea esposa o madre antes que pueda ser útil en el servicio del Señor. Miriam (la hermana de Moisés) y Débora (quien se desempeñó como un juez y repartidor en Israel) son ejemplos bíblicos de mujeres a quienes Dios usó poderosamente al margen del matrimonio o de la maternidad. (Débora estaba casada, pero ganó renombre en una función que no tenía nada que ver con el de esposa o madre.)

Sin embargo, la Escritura a menudo presenta el matrimonio como **«la gracia de la vida» (1 Pedro 3.7)**, y la maternidad como el más alto llamado a que puede ser convocada una mujer. Esta es, después de todo, la vocación para la cual Dios llamó solo a la mujer para cumplirla y ningún hombre puede jamás invadir esa función.

La gloria y la dignidad de la maternidad, se destacan de una u otra forma como el tema principal en la vida de cada mujer con las que hemos venido tratando hasta ahora. Eso es cierto en la mayoría de las mujeres clave de la Escritura. La Biblia las honra por su fidelidad en sus propios hogares. O, como en el caso de Rahab y Rut, las recordamos porque fueron liberadas de la esclavitud del mundo y se elevaron al papel más eminente de esposas y madres.

Muy pocas veces en la Escritura las mujeres fueron distinguidas y elogiadas por sacar provecho de o por sus profesiones fuera del ámbito doméstico. El honor y la eminencia para las mujeres en la Biblia casi

siempre van muy asociados a la casa y la familia. Ana comprendía eso, y deseaba ardientemente entrar en el noble papel de madre.

Por supuesto, la exaltación que la Biblia hace de la maternidad es desdeñada a menudo por nuestra era. En efecto, en esta generación, la maternidad es frecuentemente ridiculizada y despreciada incluso en nombre de los «derechos de la mujer». Pero el plan de Dios ha sido desde el principio que las mujeres eduquen y críen hijos piadosos que dejen, por lo tanto, una poderosa huella en la sociedad a través de su hogar (1 Timoteo 5.10; Tito 2.3-5). Ana es una ilustración clásica de cómo eso funciona.



*“Un hijo necesita ver que los padres se aman y se respetan, una casa no es un hogar.”*

Es un recuerdo de que las madres son artífices de hombres y arquitectos de la próxima generación. Su fervorosa oración por un hijo, fue el comienzo de una serie de eventos que ayudaron a cambiar la oscuridad y el decaimiento espiritual en Israel. Ella echó a andar una cadena de sucesos que conducirían a un despertar espiritual profundo hacia el final de la dinastía davídica.

Nuestro primer encuentro con Ana ocurre cuando Israel tiene la desesperada necesidad de un gran líder y un gran hombre. Ana llegó a ser la mujer a quien Dios usó para que ayudara a formar a ese hombre. Samuel probó ser quien podía llenar ese vacío de liderazgo. Su calidad tenía el claro sello de la influencia de su madre, aunque él dejó el hogar a edad temprana.

Creo que la influencia de Ana como esposa y

madre piadosa se pueden ver en los tres grandes amores de su vida.

## 4. Amor por su marido

Desde el comienzo de la descripción de su familia en la Escritura, observamos que es evidente que Ana tenía un profundo amor por Elcana, tanto como el que él sentía por ella. Cuando presentaron una ofrenda de paz al Señor (un sacrificio en el cual el oferente asaba un animal sacrificado y entregaba parte de este banquete al Señor), Elcana repartió una parte a Penina y a todos sus hijos, pero dio una doble porción a Ana debido a su gran amor por ella (1 Samuel 1.4-5). Este era un honor público que regular y deliberadamente, le concedía en presencia de otros en los banquetes.

Obviamente, el matrimonio de Ana no era perfecto, en especial por los celos y la rivalidad por causa de la bigamia del marido. Ana parece que era la primera esposa, ya que se la nombra primero (v.2). Aparentemente, Elcana se casó después con Penina debido a la esterilidad de Ana. Recuerde, en esa cultura se estimaba crucial tener hijos que mantuvieran la herencia y el nombre de la familia. Esta fue la misma razón por la que Abraham entró en una relación de poligamia con Agar. Es indudablemente la razón principal por la que vemos tanta poligamia en el Antiguo Testamento.

Pero el matrimonio de Ana, aunque deteriorado por las tensiones, era sólido. Elcana obviamente la amaba con sincero afecto, y sabía que su amor era recíproco. En efecto, él trató de confortarla tiernamente recordándole su amor por ella:

**«Y Elcana su marido le dijo: Ana, ¿por qué lloras? ¿por qué no comes? ¿y por qué está afligido tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?» (1 Samuel 1.8)**

Esta súplica ayudó, al menos por el momento, porque Ana inmediatamente se levantó, comió y luego fue al tabernáculo (v.9). El amor de Ana por su marido es la primera clave para comprender su profunda influencia como madre. Contrariamente a la creencia popular, la más importante característica de una madre piadosa no es la relación de ella con sus hijos. **Es su amor para su marido. El amor entre marido y mujer es la clave auténtica que conduce a una familia próspera.**



Un ambiente familiar saludable no puede solo construirse sobre el amor de los padres para con sus hijos. La familia bien constituida tiene al matrimonio en el centro; **no gira alrededor de los hijos**.

Además, todos los padres necesitan prestar atención a esta lección: lo que usted comunica a sus hijos a través de su relación matrimonial permanecerá con ellos por el resto de sus vidas. Mirando al padre y a la madre cómo se tratan entre sí, aprenderán las más fundamentales lecciones de la vida: amor, abnegación, integridad, virtud, pecado, perdón y comprensión. Todo lo que usted les enseñe sobre esas cosas, correcto o equivocado, quedará plantado profundo dentro de sus corazones.

Ese énfasis sobre la centralidad del matrimonio era muy evidente entre Elcana y Ana. Con todos sus problemas domésticos, ellos tenían, no obstante, un matrimonio sano y un amor permanente el uno por el otro. Su incapacidad para tener hijos era como una herida abierta. Pero era una experiencia que obtuvo como resultado tiernas expresiones de amor de Elcana para con su esposa. Y ni siquiera en un ambiente hogareño con una segunda esposa y múltiples hijos, un caos creado por la locura de la bigamia de Elcana y hecho aún más disfuncional por el temperamento enfermizo de Penina, Ana y Elcana sin ninguna duda se amaban profundamente.

Adoraban a Dios juntos, y lo hacían con regularidad. El versículo 3 dice:

**«Y todos los años aquel varón subía de su ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos en Silo».**

Pero eso no significa que Ana y Elcana visitaran el templo solamente una vez un año. A todos los israelitas hombres se les exigía que asistieran a lo menos a tres fiestas anuales (**Deuteronomio 16.1-17**). Muy probablemente Elcana llevaba a su familia consigo en esos viajes. Es probable que viajaran juntos a Silo en las otras ocasiones también. La adoración parece haber sido un aspecto central en la convivencia de Ana y Elcana. Era lo que conservaba la solidez del amor del uno por el otro frente a tanta adversidad.

Eso también explica por qué Ana fue tan influyente como madre. Por mucho que amara a Elcana, había un amor aun más grande que la motivaba.

## 5. Amor por el cielo

Obviamente, Ana tenía un profunda y constante amor por Dios. Su pasión espiritual se veía en el fervor de su vida de oración. Era una mujer devota cuyos afectos estaban puestos en las cosas celestiales, no en lo terrenal. Su anhelo de tener un hijo no era solo por auto satisfacción. Nada más lejos de ella. No se trataba solo de obtener lo que deseaba. Era un asunto de auto sacrificio: darse ella misma a esa pequeña vida para entregarla al Señor. Siglos antes, Rebeca, la esposa de Isaac, oró: **«Dame hijos, o si no, me muerdo» (Génesis 30.1)**. La oración de Ana fue más modesta que esa. Ella no rogó por «hijos» sino por un hijo. Pidió a Dios un hijo que pudiera servir en el templo. Si Dios la favorecía con ese hijo, se lo daría a Dios. Las acciones de Ana demostraron que no quería un hijo para su propio placer, sino para que sirviera al Señor.

Naturalmente, entonces, se volvió al Señor para presentar su causa. Era importante, creo, que a pesar de la amarga agonía que Ana sufrió por su falta de hijos, nunca se convirtió en una mujer quejumbrosa o en una regañona.

No hay ninguna sugerencia de que alguna vez se haya quejado contra Dios o haya importunado a su marido por la falta de hijos. ¿Por qué le iba a lloriquear a Elcana? Los hijos son una herencia del Señor (**Salmo 127.3; Génesis 33.5**). Ana parecía haber comprendido eso, así que llevó su caso directamente al Señor. A pesar de su decepción y angustia, se mantenía fiel a Jehová. A decir verdad, la frustración parece haberla acercado más y más al Señor en lugar de alejarla de Él. Y persistió en la oración.

Recuerden No podríamos liderar por nosotros mismo sin la guía y la dependencia de Dios. Por eso se nos manda a orar. La oración es la disposición mental y anímica para comunicarnos con Dios.

Esa es una característica hermosa, y fue el distintivo de la virtud de Ana: una fe constante e invariable. 1 Samuel 1.12 habla de su oración como un acto permanente:



«Ella continuaba orando al Señor». Permanecía delante del Señor, aún con un corazón roto, derramando sus plegarias en medio del llanto. Así, sus pruebas tenían el beneficio de hacerla una mujer de oración. Realmente ejemplificaba lo que significa «orar sin cesar» (1 Tesalonicenses 5.17; Lucas 18.1-8). Ef.6:18), vemos también cómo debemos perseverar en la oración. Él dice: “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos;” Vemos el cómo y el cuándo debemos orar, cuando nos dice: “orando en todo tiempo” y luego nos dice “con toda oración y súplica.” Así de dispuesto tiene que estar el corazón de todo creyente para la oración.

El valor de la oración constante y apasionada es una de las lecciones centrales de la vida de Ana. Note cómo se describe la pasión de su oración en 1 Samuel 1.10-11. «Ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente. E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza».

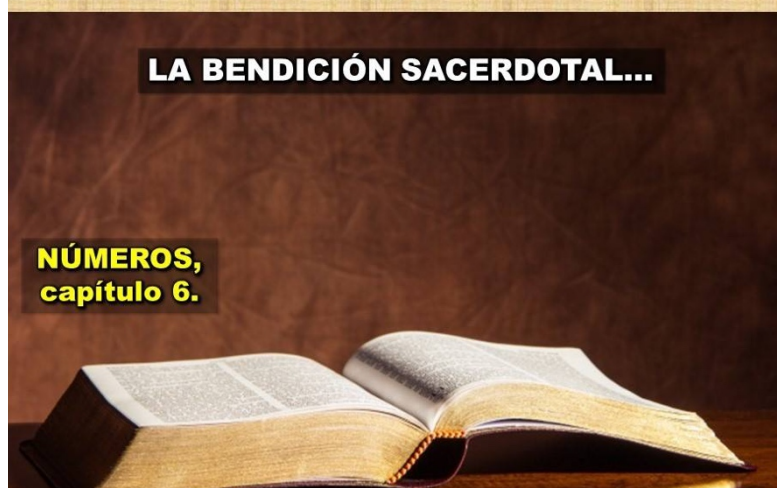


Había dos partes en el voto de Ana. Uno era la promesa de dar el hijo al Señor. Los eventos siguientes demostraron que por esta promesa ella proyectó dedicarlo al servicio en el tabernáculo por tiempo completo. La última parte de la promesa de Ana implicaba un voto de nunca cortarle el cabello. Esta era una de las tres cláusulas del antiguo voto nazareo (Números 6.1-9).

Aunque no queda claro si la promesa de Ana implicaba también todas las otras cláusulas del voto nazareo. Si así hubiera sido, su hijo habría tenido que abstenerse además de beber vino (o cualquier otro producto de la vid) y no entrar en contacto con nada que fuera causa de profanación ceremonial. Estas restricciones eran señales de la consagración a Dios.

Ambas partes del voto de Ana consagraron a su hijo de por vida a los servicios que por lo general eran solo temporales. Los levitas, como hemos visto, servían por turnos en el tabernáculo. Nadie tenía esta responsabilidad de por vida.

El Señor también habló del voto de nazareo en medio de todas esas regulaciones y leyes. Los nazareos eran esas personas que podían representar esa conexión entre lo



correctamente religioso y lo éticamente social. Aunque esta misma imagen se puede ver en los reyes, sacerdotes y profetas, la diferencia del nazareo consistía en que este no necesariamente servía de forma directa en el templo

Por lo general, los votos nazareos eran también temporales. En el caso de Sansón, Dios había ordenado expresamente a su madre que lo hiciera nazareo de por vida (Jueces 13.2-7). (Es probable que, puesto que la madre de Sansón había sido estéril antes que éste fuese concebido, los conocimientos que Ana haya tenido de esta historia pudieran haberla llevado a hacer este voto.) Juan el Bautista también parece haber estado bajo un voto similar de por vida (Lucas 7.33). Pero normalmente tales votos duraban unas semanas o a lo más algunos años.

Obviamente, Ana quería que su hijo fuera un hombre piadoso, que sirviera y glorificara al Señor toda su vida. Éstas no fueron promesas hechas a la ligera, porque cuando Dios finalmente respondió a su oración, no retrocedió por la difícil carga que su voto había puesto sobre ella como madre de Samuel.

El fervor de las oraciones de Ana la hizo prominente en el tabernáculo, especialmente en esa era decadente. Ella estaba totalmente consumida por la pasión de su oración y tan perturbada con su llanto (1 Samuel 1.10) que atrajo la atención del anciano sacerdote, Elí.

Lo más seguro es que él nunca había sido testigo de una oración tan sentida como ferviente, por lo que no supo de qué se tratada:



*Mientras ella oraba largamente delante de Jehová, Elí estaba observando la boca de ella. Pero Ana hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y su voz no se oía; y Elí la tuvo por ebria. Entonces le dijo Elí: ¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino. Y Ana le respondió diciendo: No, señor mío; yo soy una mujer atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová. No tengas a tu sierva por una mujer impía; porque por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora. Elí respondió y dijo: Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho (1 Samuel 1.12-17).*

La reacción insensible de Elí era típica en él. Muestra cuán completamente carecía de discernimiento o incluso de la mínima cortesía. Esta es en gran parte la explicación, de por qué era tan incompetente en sus funciones como sumo sacerdote de la nación, y padre de sus propios hijos. Su acusación en contra de Ana fue la misma que la multitud incrédula hizo contra los discípulos el día de Pentecostés (Hechos 2.13). Elí, evidentemente, no se dio cuenta que ella estaba orando.

Un par de factores podrían haber colaborado en su confusión. En primer lugar, era costumbre en Israel orar en voz alta, no en silencio. Ana parece haber entendido que el Dios ve directamente al corazón humano, que conoce nuestros pensamientos aún antes que se conviertan en palabras; y nuestras palabras antes de que se formen en nuestros labios (**Salmo 139.1-4**). Todavía más, en el Nuevo Testamento se nos enseña que el Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos indecibles (**Romanos 8.26**). Por eso Ana no tenía necesidad de orar en voz alta. No lo estaba haciendo por un ritual. Sabía que el Señor conocía su corazón. Por contraste, la oración privada debe haberle parecido tan extraña a Elí que no pudo reconocerla cuando la vio, a menos que ésta se ajustara a las costumbres ceremoniales.

Una segunda cosa que pudo haber oscurecido el discernimiento de Elí era, el hecho que sus propios hijos, eran conocidos por frecuentar a mujeres perdidas allí en el tabernáculo (**1 Samuel 2.22**). Elí, por cierto, no aprobaba la conducta de sus hijos, pero fallaba al no tomar enérgicas medidas para apartarlos de estos hechos. Aparentemente, estaba más acostumbrado a ver mujeres inmorales que piadosas en el tabernáculo, por eso podría haber asumido que Ana era una de aquellas.

Su reprimenda, no obstante, era absurda y fuera de lugar. La embriaguez generalmente vuelve a las personas ruidosas y alborotadoras. Ana estaba en silencio y con completo dominio de sí. No había razón alguna para que Elí la regañara como lo hizo.

Ana respondió con su característica gracia y humildad. Por supuesto, se horrorizó por la acusación y la negó con un seguro tono de disgusto. Explicó que simplemente estaba dejando fluir la pena de su corazón. No dijo la razón de su pesar a Elí. No tenía necesidad de hacerlo. Comprendió que solamente Dios podía responder a su oración; por eso sus oraciones habían sido silenciosas.

Elí, por su parte, cambió de tono rápidamente. Debe haberse sentido algo avergonzado y humillado al comprender cuán gravemente había malinterpretado a esta pobre mujer.

Debido a eso, la bendijo y apeló al Señor para que le concediera su petición.

La respuesta final de Ana a Elí reveló otro de sus rasgos espirituales positivos. «Y ella dijo: Halle tu sierva gracia delante de tus ojos. Y se fue la mujer por su camino, y comió, y no estuvo más triste (1.18). Ana puso toda su carga sobre el Señor y dejó su frustración ahí en el altar. Hizo lo que había venido a hacer al tabernáculo. Traer su causa ante el Señor. Ahora estaba contenta de dejar el asunto en sus manos.

Eso demuestra cuán genuina y paciente era su fe realmente. La Escritura dice: **«Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo» (Salmo 55.22)**. Es posible que algunas personas oren: «Oh, Dios, he aquí mi problema», y luego salgan de su presencia en completa duda y frustración, todavía cargando el mismo peso que originalmente los trajo delante del Señor, sin confiar realmente en que Él los sustenta.

Ana por cierto puso sus problemas en el regazo del Señor, confiando del todo en que le respondería según lo que fuera mejor para ella. Hay una humildad verdadera en esa clase de fe, como el apóstol Pedro advierte: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (**1 Pedro 5.6-7**).



Cuando Dios finalmente respondió a la oración de Ana dándole el hijo que había pedido, su alma agradecida respondió con un limpio y continuo torrente de alabanzas. Sus palabras, registradas para nosotros en **1 Samuel 2.1-10**, son una obra maestra. En el capítulo que sigue, revisaremos el Magníficat de María, el cual es muy similar a este pasaje, en estilo tanto como en sustancia: *Y Ana oró y dijo: Mi corazón...* (**1 Samuel 2.1-10**)

En este breve himno de acción de gracias hay un contenido tan sólido que podríamos ocupar muchas páginas en analizarlo. Si me fuera dado como un texto sobre el cual basarme para una predicación, indudablemente tendría que predicar una serie de varios sermones, solo para desempacar su trascendencia profética y doctrinal. Obviamente, no tenemos suficiente espacio para esa clase de estudio minucioso del himno de alabanza de Ana. Pero aún, la más breve visión general revela cuán familiarizada estaba Ana con las cosas profundas de Dios.

Reconocía, por ejemplo, la santidad de Dios, su misericordia, su soberanía, su poder y su sabiduría. Lo adoraba como Salvador, como Creador y como juez soberano. Reconocía la ruindad y la depravación de la naturaleza humana, tanto como la locura de la incredulidad y la rebeldía. En suma, sus pocas estrofas son una obra maestra de conocimiento teológico.

Pero ésta no era simple teología académica. Ana habló basada en su propio conocimiento íntimo de Dios. Sus palabras de alabanza estaban llenas de amor y de asombro. Ese amor para Él, y el amor por todas las cosas celestiales, fue una de las claves para la influencia de ella como madre.

## 6. Amor por su hogar

La tercera característica destacada de Ana fue su dedicación al hogar y a la familia. Vemos pruebas de esto desde el comienzo, en su amor por Elcana y el amor de él para con ella.

Lo vemos en el modo en que superó el conflicto mezquino y el intento deliberado de Penina de sembrar la discordia dentro de la propia familia, sin otra intención que exasperarla. Lo vemos otra vez en su anhelo intenso de ser madre. Lo vemos en cuán entregada fue a su pequeño hijo durante su infancia.

Cuando Ana y Elcana regresaron a casa después de su encuentro con Elí en el tabernáculo, la Escritura dice: «Y Elcana se llegó a Ana su mujer, y Jehová se acordó de ella. Aconteció que, al cumplirse el tiempo, después de haber concebido Ana, dio a luz un hijo» (**1.19-20**). Le puso por nombre Samuel, pero el significado de *Samuel* no está completamente claro. Podía literalmente traducirse «nombre de Dios». Algunos comentaristas sugieren que pudiera significar «pedido a Dios», y otros dicen «oído por Dios». En hebreo, el nombre es muy similar a Ismael, que significa «Dios escuchará».

Cualquiera sea el verdadero significado del nombre, la esencia de lo que esto dice a Ana es claro. Samuel era una respuesta viviente de la oración, y un recordatorio de que Dios había oído lo que ella pidió, y le había concedido el deseo de su corazón.



Durante los siguientes años, Ana se concentró únicamente en el cuidado de Samuel. Cuando llegó el tiempo de hacer el primer viaje a Silo después del nacimiento, dijo a su marido que planeaba quedarse con Samuel en casa hasta que fuera destetado. «Entonces, dijo, lo llevaré, para que pueda presentarse ante el Señor y quedarse allí para siempre» (**v.22**).

Ella sabía que su tiempo con Samuel sería breve. Las madres en esa cultura amamantaban a sus hijos por unos tres años. Lo cuidaría durante los años de mayor influencia formativa mientras aprendía a caminar y a hablar. Tan pronto fuera destetado, sin embargo, estaba determinada a cumplir su voto.

Mientras tanto, ella sería una constante en la vida de Samuel. Así, se transformó en un verdadero modelo de ama de casa. Nunca una madre estuvo tan dedicada a su hijo y a su hogar. Tenía mucho trabajo: amamantarlo, cuidarlo y ayudarlo a aprender las verdades más básicas de la vida y la sabiduría. Le enseñó sus primeras lecciones sobre Jehová e hizo de su casa un ambiente donde él podía aprender y crecer en seguridad. Cuidadosamente dirigió el ritmo de su aprendizaje y le ayudó a modelar sus intereses.

Ana parecía comprender cuán vitales son esos primeros años cuando se forma el 90 por ciento de la personalidad. «Instruye al niño en su camino, Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22.6). Preparó a Samuel en esos años formativos para una vida de servicio a Dios, el alto llamado al que lo consagró antes de que ni siquiera hubiera nacido.

La historia nos dice que ella hizo bien su trabajo. Samuel, obviamente un niño precoz, creció en sabiduría y en conocimiento. Aquellos primeros años fijaron un curso a su vida del cual nunca se desvió. La única mancha sobre sus antecedentes se produjo en su vejez, cuando hizo a sus hijos jueces y ellos pervirtieron el tribunal de justicia (1 Samuel 8.1-3).

La dedicación de Ana a su hogar y su maternidad fue siempre ejemplar. Su devoción para con su hijo en esos primeros años convierte su buena voluntad final de entregar a Samuel para una vida del servicio en el tabernáculo en algo extraordinario. Debe haber sido sumamente doloroso para ella enviarlo lejos a tan tierna edad. En efecto, el tabernáculo llegó a ser su internado y Elí su tutor. Pero es evidente que la influencia de Ana sobre Samuel permaneció como una fuerza guiadora en su vida, más que el modelo espiritualmente débil de Elí.

No hay duda que Ana se mantuvo tan cerca de Samuel como el arreglo lo permitía. Seguro que ella y Elcana incrementaron sus visitas a Silo teniendo en cuenta el amor intenso de Ana por Samuel. Podemos conjeturar que también hicieron sus visitas más prolongadas. La Escritura dice: «Y le hacía su madre una túnica pequeña y se la traía cada año, cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio acostumbrado» (1 Samuel 2.19). Otra vez, «anualmente» en este caso no quiere decir necesariamente «una vez al año». Se refiere a la regularidad y fidelidad de sus visitas. Ana, por lo tanto, continuó ejerciendo una fuerte influencia maternal sobre Samuel durante todos los años de su formación.



La Escritura dice que Dios bendijo a Ana con cinco hijos más: tres niños y dos niñas (v.21). Su hogar y su vida de familia fueron ricos y plenos. Fue bendecida por Dios al permitirle conseguir cada objetivo que alguna vez anheló cumplir. Su amor por el cielo, por su marido, y por su hogar, siguen siendo todavía las prioridades verdaderas de toda madre y esposa piadosa. Su extraordinaria vida se alza como un maravilloso ejemplo para las mujeres de hoy, que desean que sus hogares sean un lugar donde se honra a Dios, aún en medio de una sociedad tenebrosa y pecadora. Ana nos muestra lo que puede hacer el Señor a través de una mujer que se consagra a Él sin reservas. Puede hacer que su clan se engrandezca.

